

JUAN ANTONIO PÉREZ LÓPEZ COMO AMIGO

Fernando Pereira
Profesor Ordinario
IESE, Universidad de Navarra

Durante 35 años (desde 1961) compartí mi trabajo en el IESE con Juan Antonio: alegrías y penas, aciertos y equivocaciones.

A lo largo de 15 años consecutivos fuimos sucesivamente superior y subordinado, subordinado y superior. Yo le consideraba como un visionario cuando me exponía proyectos que me parecían inviables. Y Juan Antonio me consideraba, en sus propias y literales palabras, como «un predictor inverso», ya que lo que yo predecía que iba a suceder, nunca ocurría, por lo que mis propuestas únicamente le servían para identificar lo que no había que hacer. Quizás os preguntéis cómo el IESE pudo sobrevivir a estos tres lustros de tan confusa gestión. La sola respuesta plausible es que el personal del Instituto empujó su mucho buen juicio en el cumplimiento de su oficio, prescindiendo de nosotros dos.

En una ocasión, sin embargo, cedí ante uno de sus delirios. Fue en 1980, cuando proyectó el Master bilingüe castellano-inglés. Cedí, no por la sensatez de sus argumentos, sino porque recurrió a la sensiblería de desearlo como el “antojo de un Decano”. Cedí, para tratar de evitar otros posibles desvaríos: un Master multidisciplinar, por ejemplo. Y, como me temía, éste fue su siguiente empeño. Transcurridos 17 años desde entonces, he de admitir que, en ocasiones, los visionarios aciertan. Aunque a quienes estructuralmente somos, por ejemplo, monolingües y unidisciplinarios, nos corresponda pagar las consecuencias.

Sin embargo, tan sólo en una ocasión nuestras diferencias de opinión desembocaron en discusión. Una discusión a gritos. Escenario: el hogar de Cristina y Juan Carlos Vázquez-Dodero. Arbitro: Pablo Ferreiro, de Perú. Tema: el Programa Doctoral. Yo traté de disimular con mis gritos mi ignorancia de lo que es un Programa Doctoral. Juan Antonio trató de explicar, también a gritos, cómo debería ser un Programa Doctoral. Resultado: el árbitro prefirió, piadosamente, no hacerlo público, porque seguramente nos descalificó a los dos.

Juan Antonio se incorporó al IESE inicialmente a través de mi Departamento de Contabilidad. Venía avalado por su experiencia profesional como Contador General de Hidroeléctrica Española, oficio que hasta ese momento había ejercido y que era el máximo puesto administrativo de la empresa. Pero no tardó en derivar a departamentos más cualitativos. A ello le empujaba su sólida formación filosófica (autodidacta, pues su título universitario era de actuario de seguros). Esta comenzó por el estudio de Kant y de Hegel, que posteriormente, y providencialmente, cribó en el de Aristóteles y Tomás de Aquino. No es extraño por ello que en la Universidad de Harvard surgieran dudas sobre si su tesis doctoral (cuya relevancia nadie discutía) debiera presentarse en la Escuela de Negocios o en la Facultad de Filosofía. Lo que a mí me llenó de admirado asombro en sus años posteriores en el IESE fue el hecho de que se mantuviera al día en sus conocimientos cuantitativos, mientras progresaba aceleradamente en su investigación sobre la filosofía de la acción directiva.

Posiblemente, algunos de nosotros debiéramos haber prestado mayor atención al estudio de esta filosofía. Seguramente hubiera sido deseable. En todo caso, su impacto en la gran mayoría de quienes componemos el colectivo del IESE ha sido indiscutible.

La “motivación trascendente”, por ejemplo, es de uso habitual en nuestras conversaciones. Y aunque algunos no sepamos definirla con rigor científico, estas dos palabras nos ayudan vigorosamente, cuando tomamos nuestras decisiones personales, a tener presentes sus consecuencias en los demás.

Si alguien me preguntara qué es la cultura (lo que afortunadamente no ha sucedido hasta el momento ni parece previsible que ocurra en el futuro que me resta), no sabría qué contestar, pues nunca he acabado de entender las definiciones que he leído o escuchado. Pero si alguien me preguntara si he conocido alguna persona culta, mi respuesta sería inmediata: Juan Antonio. Y su cultura era mucho más que erudición.

Convencido de la unión sustancial del alma y del cuerpo, era experto en todas (o casi todas, para no exagerar) las cosas buenas, materiales y espirituales, que existen en este mundo, y que siguen siendo buenas en el otro. Así, por ejemplo, conocía las mejores añadas de los diferentes vinos, y su siempre moderada ingestión, debido a la mencionada unión sustancial, le facilitaba hablar

incansablemente de lo humano y de lo divino. Esa misma unión sustancial (que en su caso debía ser de óptima calidad) conseguía que su apasionada afición a los deportes (aunque no los practicaba) le proporcionara una salud física envidiable. Cuando le hacíamos algún comentario sobre su obesidad, nos respondía que la suya no era una obesidad cualquiera, pues en un reconocimiento médico había sido calificada de “armónica”, adjetivo con el que daba el tema por zanjado.

Profundo conocedor de música y de literatura, tanto de autores clásicos como modernos, se encontraba muy a gusto conversando con personas aficionadas a estos temas, sorprendiéndoles frecuentemente con sus comentarios, generalmente muy poco convencionales.

Por todo lo apuntado, le era facilísimo entablar conversación con cualquiera, pues siempre encontraba algún tema de interés común.

Incluso con los niños. Esto suponía otra diferencia entre él y yo. Los niños nunca han despertado en mí particulares entusiasmos (y, paralelamente, yo tampoco provoqué en ellos especiales fervores). Juan Antonio, en cambio, se divertía extraordinariamente con ellos; y les divertía. Y no se limitaba a hablarles, sino que dialogaba con ellos. Esto me asombraba, y por ello lo recuerdo, aunque señalando también que éste su ejemplo no me desvió de mi firme propósito de no compartir mi vida con la de los niños.

Juan Antonio estaba siempre a nuestra disposición. Cuando estaba solo en su despacho, podíamos irrumpir en la habitación sin mayores formalismos. A partir de ese momento, lo que estaba leyendo o escribiendo, por importante que fuera (y siempre lo era), pasaba a un segundo lugar. Uno adquiría rápidamente clara conciencia de que lo prioritario para él en aquellos momentos era lo que le estábamos contando. Lo hacía suyo de tal forma que generalmente era el visitante quien debía finalizar la entrevista, salvo cuando Juan Antonio tenía compromisos adquiridos con terceros (una clase, por ejemplo).

Si acudíamos a su ayuda para resolver un problema, pienso que raramente nos proponía soluciones concretas. Pero sí contribuía muy eficazmente a mejorar y enriquecer su planteamiento: advirtiéndonos de elementos de juicio a los que no habíamos prestado atención y, por el contrario, de factores a los que habíamos dado más importancia de la que realmente tenían.

Si la conversación versaba sobre temas religiosos, Juan Antonio nos hablaba desde su fe católica, profundamente estudiada y sólidamente vivida, manifestando sus convicciones con tanta claridad como respeto a la libertad de las conciencias de sus interlocutores.

Porque Juan Antonio respetaba profundamente a las personas, a cualquier persona. Cuando, él y yo, comentábamos lo que parecía ser una acción menos correcta de alguien, siempre me recordaba: «No hemos de olvidar que, en cualquier caso, se trataría de una acción equivocada de una persona buena».

Su identificación con las personas humanas se desbordaba en su conocimiento de las personas angélicas (de las que hablaba con pasmosa familiaridad) y, sobre todo, de las tres Personas divinas.

Estoy convencido de que uno de los rasgos diferenciales del IESE respecto a otras instituciones consiste en la frecuencia con que en las mesas del comedor se hablaba con toda naturalidad de la Santísima Trinidad en conversaciones lideradas por Juan Antonio.

A todos nos pareció por ello totalmente razonable que Dios le llamara a Su presencia precisamente el día de Su Fiesta.

Yo nunca deseaba que finalizaran sus exposiciones sobre la vida familiar de Dios Uno y Trino (lo que, en otro plano, me sucedía también en las referentes a su filosofía de la acción directiva). Pero sí, frecuentemente le pedía que las interrumpiera. Solicitaba entonces algo parecido a un “tiempo muerto” del baloncesto, que me permitiera recobrar mi aliento intelectual consumido en tratar de seguirle por las empinadas rampas que le dirigían a la cima de sus amores. Rampas que él subía sin esfuerzo aparente, y yo jadeando ostensiblemente. Cima que coronó, estoy seguro, hoy hace un año.

Desde esa fecha nos queda el eco de sus palabras (de sus innumerables palabras, para ser más preciso) y la herencia de sus libros y numerosos folios, cuya recopilación es para el IESE una responsabilidad y un honor.

Quizás alguno piense que lo que he comentado está motivado por el afecto que sentía hacia Juan Antonio. No es así. Tengo otros amigos, con quienes me une una relación tan sólida y profunda como la que me unió con él (y esta

relación de amistad es lo que fundamentalmente importa), pero sobre los cuales no se me ocurriría decir lo que he dicho, aunque sean tan amigos míos como lo fue Juan Antonio.

Desde el pasado 2 de junio de 1996, Juan Antonio sigue siendo nuestro amigo, pero además, nuestro modelo y nuestro intercesor. (Por supuesto, esta afirmación no significa en modo alguno prevenir el juicio de la Autoridad eclesial, a la que siempre se remitía Juan Antonio en el ejercicio de su gran libertad de espíritu, otro de los rasgos destacados de su personalidad.)

Tomarte como modelo, Juan Antonio, no deja de sobrecogerme, no lo puedo evitar.

Pero el recurso a tu intercesión nace con total espontaneidad. A ella confío a todos los que trabajamos en el IESE, y a quienes participan en sus actividades.

Termino. He hablado como amigo de Juan Antonio. Y sin duda lo fui. Pero todos los que estáis aquí también lo fuisteis y lo seguís siendo. Por otra parte, seguramente muchos de vosotros habiérades podido hacer una exposición más completa, ilustrativa y expresiva que la que yo he realizado. Por ello, debo agradecer a quien corresponda (porque no he logrado identificarle) haberme concedido el honor de esta intervención.